

ENTREVISTA

Entrevista al Profesor José Antonio Caride Gómez*

Juan Sáez Carreras

Iniciándose los años ochenta conocimos a José Antonio Caride. Nos conocimos. Recordamos que fue en Murcia, cuando las frecuentes convocatorias para reunirse en nombre de la *Pedagogía Social* sorprendían a la comunidad universitaria en su afán por agrandar las fronteras académicas, y con ellas, los horizontes de una Pedagogía cuyas preocupaciones pasaban casi exclusivamente por la escuela, el currículum, los profesores, los recursos didácticos, el rendimiento... Más allá del debate intelectual y de las expectativas asociadas a nuevas formas de construir la educación, en las Universidades y en la sociedad, de aquél afán surgió la amistad entre muchos de quienes hoy protagonizan el quehacer docente e investigador de la *Pedagogía Social* en nuestro país, tejiendo una red a la que el tiempo ha ido aportando nuevos rostros e inquietudes.

Conversamos con José Antonio Caride desde esa amistad. No tanto para recordar el pasado, como para hablar del presente y del futuro. Sin embargo, para quien -como nos consta- ha puesto tanto empeño en destacar el papel de "los

contextos", sería injusto no comenzar diciendo que nació, el 18 de diciembre de 1955, en Pardiñeiros, una pequeña aldea de Vilamarín en la provincia de Ourense; en la Escuela de Magisterio de la "ciudad de las Burgas" inició su formación universitaria, diplomándose como Profesor de Enseñanza General Básica; más tarde cursó Pedagogía en Santiago de Compostela, de cuya Universidad es profesor desde el 1 de diciembre de 1979. Actualmente, desde hace pocos meses, como Catedrático de *Pedagogía Social*.

Su doctorado culmina en enero de 1983, presentando una Tesis titulada "*Educación institucional y desarrollo social en la Galicia rural*", con la que obtendría el Premio Extraordinario de Doctorado. Ha ocupado diversos cargos académicos, como Vice-decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Director del Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Sub-Director del ICE... Hoy dirige la Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Santiago de Compostela, "*Adaxe*", entre otras responsabilidades que lo vinculan a dife-

* Universidad de Santiago de Compostela

rentes iniciativas en diversas Universidades europeas y latinoamericanas, algunas de las cuales lo han nombrado profesor visitante.

En la contraportada de uno de sus últimos libros, *Estudiar ambientes* (2000), editado por el Concello de Oleiros – A Coruña, leemos que su quehacer intelectual pronto quedó ligado “a temas e iniciativas que recorren muy diversas geografías e inquietudes: en el conocimiento y la búsqueda de alternativas para la educación en la Galicia rural, el estudio de los tiempos educativos y sociales, el diseño y evaluación de programas socio-educativos, el análisis de realidades sociales y la reflexión sobre las propuestas pedagógicas que se orientan a transformarlas (en la Educación Ambiental, la Animación Sociocultural, la Pedagogía del Ocio, el Desarrollo Comunitario...). En su conjunto, argumentos que se integran y proyectan en publicaciones, ponencias y comunicaciones en Congresos, en la dirección de investigaciones y tesis doctorales, en programas formativos... Cara al futuro confía en las posibilidades de la educación para alcanzar un mundo más justo y habitable”.

Comenzamos a hablar...

Juan Sáez: La vida casi siempre está marcada por el pasado... O, al menos, así parece ya que es difícil que podamos desprendernos de él. ¿Qué podemos recordar del tuyo, que sea especialmente significativo en tu trayectoria como profesor e investigador?

José Antonio Caride: Estoy convencido de que, en verdad, nada se olvida ni se puede olvidar; puede, incluso, que ni tan siquiera lo pretendamos, porque hacerlo supone -para lo bueno y lo malo-

renunciar a lo que hemos sido. A lo que ya no es, pero que sin embargo dice mucho de quien somos. Quizás por ello es inevitable que recuerde las huellas que en mí ha dejado la Galicia rural en la que nací y a la que volví con frecuencia durante mi infancia y adolescencia; creo que a estos “regresos” debo parte de mi vocación hacia temas y problemas que la afectan, particularmente en relación con la educación y el desarrollo de las zonas deprimidas.

Más allá de la adscripción al paisaje gallego y a sus peculiares modos de vida, debo recordar con gratitud a quienes -de uno u otro modo- contribuyeron a que descubriera la Pedagogía, dentro y fuera de la Universidad, y desde ella, las múltiples aperturas que posibilita el saber pedagógico no sólo para una mejor comprensión de las realidades socio-ambientales, sino también para su transformación hacia lo que entendemos como ecológica y humanamente deseable. De este descubrimiento surgieron algunas de mis inquietudes: hacia la Educación Ambiental, el Desarrollo Comunitario, la Animación Sociocultural, los espacios y tiempos sociales, etc. Con frecuencia, siendo el resultado de una búsqueda personal o colectiva claramente definida; pero también, en ocasiones, fruto de tomas de postura que nos obligaron a afrontar situaciones desconocidas, a comprometernos con respuestas que afrontaban necesidades o demandas sociales emergentes, a asumir responsabilidades en la docencia, la investigación o la extensión universitaria sin apenas precedentes... hechos que formaban parte de la transición democrática que experimentaba el país, la Universidad y la Pe-

dagogía... y que inevitablemente tuvimos que traducir en nuestra propia experiencia. Por supuesto, el azar creo que también ha jugado su papel, aunque sea difícil precisar que dosis le corresponde.

Juan Sáez: Lo que dices significaría admitir que te sientes deudor de una época, de una geografía, de personas y realidades con las que te has ido encontrando, a las que has ido buscando... el "yo y las circunstancias" que diría Ortega...

José Antonio Caride: Siempre estamos en deuda, del mismo modo que siempre somos, en parte, lo queremos ser y, en parte, lo que la realidad nos permite que seamos. Lo primero tiene mucho que ver con los márgenes de libertad que conquistamos o nos ofrece la sociedad en la que nos corresponde vivir. Lo segundo, es inseparable del hecho mismo de estar en el mundo, de "ser" en el mundo, con todas las limitaciones que nos impone la propia existencia (biológicas, materiales, éticas, etc.). De ahí que me sienta obligado a reconocer la influencia que han ejercido en mi trayectoria biográfica determinadas personas y acontecimientos, de modo particular algunos de los profesores que he tenido; y que, en cierto sentido, creo que ponen de relieve el poder que tiene en nuestras vidas la educación-formación que nos dan y nos damos.

Como es una educación-formación que nunca se realiza en abstracto (aunque muchas de nuestras experiencias y vivencias pedagógicas en el interior de las instituciones educativas parecen decirnos lo contrario), admitir que nos debemos a un tiempo histórico y a los

espacios que habitamos, por los que transitamos... creo que constituye uno de los primeros actos de congruencia con la vida que nos ha tocado vivir. Como, necesariamente, es una "vida *con* otros", aceptar su influencia supone ir más allá del agradecimiento; de hecho, también supone la atribución, más o menos consciente, de una inserción, socialización, identidad..., o como queramos llamarla... que sin esos "otros" (familiares, profesores, amigos, etc.) sería, simplemente, distinta. Ahora bien, como esta influencia no se reduce a la mera transmisión de un legado biológico, cultural, moral, afectivo, etc., lo que hace cada persona por sí misma creo que también debe ser reconocido; de lo contrario tampoco podríamos defender mucho de lo que decimos a favor de la autonomía, de la liberación, de la construcción de los sujetos y de las sociedades...

En lo que a mí respecta, creo que he tenido la fortuna de poder equilibrar ambos trayectos: el que orientaron los otros y por el que opté yo mismo... Pienso que esto es aplicable a mi condición de profesor universitario y, muy especialmente, al hecho de que mi quehacer docente e investigador se haya decantado por la *Pedagogía Social*. Y no siempre a resultas de una elección totalmente consciente, racionalizada, programada..., porque también ha habido mucho de intuición, de aventura o de exploración imprecisa; lo que no debe confundirse con neutralidad o ambigüedad. Hasta cierto punto, puede que en esa imprudencia, de la que hicimos gala muchos, resida uno de los mayores méritos de la lucha por la *Pedagogía Social* que hoy tenemos.

Juan Sáez: ¿Significa esto reconocer que somos expresión de un cambio y al mismo tiempo de lo que hemos hecho por cambiar, más en concreto en lo que atañe a la Pedagogía y a la Educación Social?

José Antonio Caride: En el sentido más dialéctico de la pregunta y también de la respuesta, sí. De hecho, a poco que fijemos la atención en el mundo que habitamos, es un desatino creer que nos hallamos al margen de los cambios que se producen día a día. Y de los que son la suma de muchos días, en cualquier lugar... en cada pueblo y ciudad, prácticamente a lo largo y ancho de todo el Planeta en cuestiones que afectan a los sistemas de producción y consumo, a las formas de comunicarse, a las pautas culturales, a los modos de relacionarnos con la Naturaleza, etc. Sucede, además, que en determinadas realidades -como ha sucedido en Galicia o en España- estos cambios han permitido que gocemos de las posibilidades que se generan con la apertura a nuevas fronteras, del disfrute de los valores democráticos, de la diversidad que supone el encuentro con otras culturas, de las ventajas inherentes al desarrollo tecnológico y a los medios que favorecen la comunicación, etc. agrandando significativamente la percepción que tenemos de lo que nos rodea y del papel que nos corresponde desempeñar en su mejora. Lo que, entre otras cosas, no podrá hacerse sin tomar conciencia de los inconvenientes y perturbaciones que provocamos con nuestros comportamientos.

Son cambios complejos, de diversa envergadura, que no sólo exigen que los educadores, los profesores y, en general,

los profesionales sociales, vivamos la cotidianidad de forma distinta a como la vivieron nuestros antepasados. También exigen otras educaciones, otros modos de educar, de educarse, de intervenir en la sociedad... En esta exigencia, aunque sea una reiteración que debamos soportar con cierto desagrado (aunque sea más saludable que la que persiste en tipificar la educación como "formal", "no formal" e "informal"), nos hemos visto en la obligación de reivindicar una *Pedagogía-Educación Social* que saliese al paso de necesidades que no son sólo "pedagógicas" o "educativas" sino, ante todo y sobre todo, "sociales". En sí misma, la reivindicación y los logros a los que ha dado lugar, representan cambios que no podemos desestimar. Entre otras cosas, porque no se trata tan sólo de darle mayor protagonismo a la Pedagogía en el desarrollo de la sociedad. El objetivo último es otro: que el protagonismo sea de la sociedad y, dentro de ella, de cada sujeto en su condición de ciudadano.

Juan Sáez: Sin embargo, y a pesar de que llevamos años insistiendo en la exigencia de una educación que sea más corresponsable con las necesidades sociales, permitiendo recrear o re-fundar las prácticas educativas conforme a los principios de una ética menos declarativa y más comprometida con el estatuto de la ciudadanía... es fácil constatar como estamos lejos de conseguir esa meta. Por contra, las resistencias y las dificultades para alcanzarla no han dejado de crecer... ¿cómo lo ves?

José Antonio Caride: De partida, comparto el análisis porque no podemos

ni debemos ser ingenuos en relación con lo que pasa a nuestro alrededor y con lo que previsiblemente puede llegar a pasar en el futuro. No me refiero a la ingenuidad propia de la infancia, sino a la que se asimila a la torpeza o a la insensibilidad en la vida adulta, tan instalada en las sociedades llamadas "avanzadas". Hablo de ese mirar sin ver, sin tomar conciencia de los desastres que nos amenazan y cercenan el desarrollo de millones de personas en el mundo, que padecen hambre, pobreza, exclusión, sometidas al silencio, a la deuda, a la opresión y la dependencia... Hasta el punto de que los "diagnósticos" que hacen los poderosos (Naciones Unidas, el Banco Mundial, la OCDE, la Unión Europea, etc.) ya no tienen reparo en divulgar sus magnitudes.

Está claro que las respuestas que damos a estas situaciones, después de haberlo dicho casi todo a favor de las alternativas que están al alcance de la Humanidad, se ha progresado muy poco. Incluso, como apuntas, en muchos aspectos hemos retrocedido, estamos retrocediendo... en España, en Europa y en todo el Planeta.

En el fondo experimentamos una situación paradójica. Nunca como hasta ahora la educación nos ha dado más oportunidades para conocer, interpretar y transformar estas realidades en otras menos perversas. Gracias a la educación ya no tenemos el pretexto del desconocimiento: gracias a los medios de comunicación social tampoco podemos alegar ignorancia. La sociedad "red", entre otras cosas, nos pone al día. Pero al tiempo, también nos hace "vivir al día", en el sentido más peyorativo y egoísta de lo

que supone aprovechar al máximo, incluso temerariamente, los recursos que tenemos a nuestro alcance en la cultura, la economía, el medio ambiente, etc. Lo que implica mayores opciones de expansión para quienes más tienen (o tenemos), y mayor depresión u opresión para quienes carecen de lo más básico: los "sin" tierra, "sin" techo, "sin" trabajo, "sin" derechos... "sin" oportunidades para una vida digna, socialmente equitativa, éticamente consecuente con el logro de unos mínimos de bienestar individual y colectivo para todos.

Ante estas circunstancias es verdad que hemos ido poco más allá de una ética declarativa... La que ha permitido "declarar ciudadanos" a todos los hombres y mujeres que poblamos la Tierra. Pero que está muy lejos de traducir esa declaración en actitudes, comportamientos, políticas, hechos, realidades... que redunden en la educación para una "ciudadanía mayor", dialogante, igualitaria..., una ciudadanía que favorezca la paz, la comprensión mutua, la justicia, el respeto, la cohesión social, la identidad y la diversidad, la libertad...

Juan Sáez: Esos también son propósitos por los que, desde hace décadas, viene luchando la escuela y muchos de sus profesores; son propósitos que están en la letra de las Reformas Educativas de los Estados democráticos...

José Antonio Caride: Claro, es evidente, al menos y como dices "en la letra". Ni puede ni debe ser de otro modo ya que las prácticas educativas institucionalizadas deben hacer todo lo que esté a su alcance porque la forma-

ción de los ciudadanos se corresponda con los valores que inspiran los derechos sociales que hemos formalizado en las últimas décadas. En teoría, y también normativamente, los sistemas educativos están plenamente legitimados para ello, forma parte de sus fines. No podemos obviar que, en definitiva, de las escuelas depende buena parte de la "alfabetización cívica" de todas las personas, al menos en aquellos países que han conseguido una escolarización obligatoria mínima de diez o más años... Lo que pasa es que nos hemos empeñado en contemplar la educación sobre todo como instrucción, adiestramiento, enseñanza, currículum... y, con ello, han ido reduciendo a los niños, jóvenes, adultos... a meros "alumnos", "aprendices", "estudiantes", "clientes"... fijándose mucho más en el valor instrumental y estratégico de la educación por sí misma -también las preocupaciones por su calidad y la del sistema- que en el valor de la educación para quién se educa, en quien es su verdadero protagonista y sujeto; y no, simplemente, su destinatario u objeto.

De ahí que siga siendo preciso cambiar la educación de las escuelas: imaginarla y ponerla en práctica desde otros supuestos. Aunque para que esto suceda deban sortearse algunas trampas: entre otras las que va de la mano de la "calidad". Hace más de dos décadas que en todos los documentos educativos, incluidas las Leyes de "Reforma" hablan de "calidad de la educación" -la *educación del sistema*, equiparando, de nuevo, una parte por el todo-. La "educación de calidad para todos" se ha convertido en la bandera de casi todos los Gobiernos, en particular de los neoliberales o

neoconservadores. Pero el acento está puesto mucho más en la "calidad" (un concepto ambiguo e impreciso, donde los haya) que en "todos", dejando en un segundo plano la igualdad de oportunidades y la justicia social.

Esta visión, por sí sola, hace más precisa que nunca una educación que se sustantive y adjetive "social". Que aporte nuevas perspectivas para "animar" la sociedad y la cultura; que proponga otros modos de hacer uso de la libertad en el tiempo y en los contextos sociales; que favorezca la emergencia del sujeto, de los valores cívicos, de la vida comunitaria; que acentúe la convivencia plural, creadora, transformadora, relacional... Y que, por supuesto, esté dispuesta a cuestionar lo que se ha atribuido como "social" a la Pedagogía y a la educación en un pasado no muy lejano... Pero que, sobre todo, y sin renunciar a la tarea didáctico-social que debe caracterizarla, aproxime el quehacer pedagógico a la ética y a la política. Creo que sólo a través de este acercamiento será posible que la educación ayude a construir ese estatuto de ciudadanía. Que debe ser una ciudadanía *de "todos", con "todos"*; de lo contrario, no será.

Pienso que esta preocupación la comparte, en líneas generales, la *Pedagogía Social*. Con un añadido, que en muchos aspectos contraviene el lastre moralista y doctrinal que algunos han querido darle en el pasado: su capacidad para movilizar a los propios ciudadanos en el logro de ese objetivo. Con ello, no incurrimos en el malentendido de que los educadores... se convierten en políticos. No es eso. Son y seguirán siendo "educadores"; esto es, personas que se sienten

comprometidas con una labor pedagógica, por vocación y profesión. Ahora bien, y frente a una visión aséptica del quehacer educativo, lo quieran o no, sus prácticas pisan el terreno de la política y de la ética. Admitirlo sin abandonar las exigencias, competencias y actuaciones que son propias de la condición de educadores o educadoras, creo que forma parte de los vínculos que hemos de mostrar ante la sociedad. La política es punto de destino y de llegada en la *Educación Social*. Negarlo, amparándose en el objetivismo, la neutralidad valorativa, la eficacia técnica... es una falacia en la que sólo se puede incurrir con altas dosis de imposición o de abuso de poder.

Tomando la palabra de Pierre Bourdieu cuando se refería a los intelectuales como actores indispensables para la lucha social, o de Henry Giroux cuando percibe a los educadores como intelectuales transformadores, creo que tenemos la obligación de insistir en el cometido socio-político y en el compromiso ético de los profesionales de la *Pedagogía-Educación Social* en tanto que agentes críticos, favorecedores o mediadores de procesos de cambio social que permitan mejorar significativamente la sociedad. Sin esa vocación crítica, sin la ambición de la innovación o sin la sensibilidad que se precisa para ver alternativas donde los demás sólo ven problemas, es muy difícil que la educación se justifique como tal. Salvo que se identifique la educación -tenga o no apellidos- con cualquier cosa que suponga darnos la posibilidad de desarrollar nuestras habilidades instrumentales, intelectuales, morales o sociales. Admito que es una posibilidad,

pero a mi entender ni es la única ni es la más sugerente.

Juan Sáez: Para muchos, como dices, especialmente en el discurrir de la Pedagogía y de las Ciencias de la Educación en nuestro país a lo largo de las últimas décadas, este modo de contemplar lo que ha de hacer la educación por las personas y la sociedad introduce sesgos ideológicos, metodológicos, éticos, etc. que cuestionan su naturaleza científica. De ahí su insistencia en enfoques de corte tecnológico que inciden en la eficiencia, eficacia y racionalidad de los procesos educativos, en la neutralidad, la objetividad, el rigor... ¿Querriéndolo o no, esta toma de postura nos sitúa ante un debate que tiene un amplio trasfondo epistemológico, del que no sólo emergen preguntas acerca de por qué y para qué educar, sino incluso acerca de qué educación estamos hablando. Una vez más y en el terreno educativo, cuestiones de alcance teórico-conceptual, el tema de los valores en la ciencia, la confrontación paradigmática, etc. ¿Qué piensas de todo ello?

José Antonio Caride: Para empezar, no podemos evitar observar este debate como una cuestión recurrente, a la que hemos de agradecer que nos siga dando la oportunidad de pensar, escribir y conversar sobre la educación y los distintos modos de imaginarla y practicarla. Por ello, y a pesar de complicarnos e incluso "dividirnos", no creo que estemos ante un problema en sí mismo, por sí mismo. Y mucho menos ante una circunstancia que limite o inhiba las opcio-

nes para referirse a la educación -incluida la *Educación Social*-, como una realidad objeto de explicación y comprensión científica. Muy al contrario, creo que las divergencias y el pluralismo que caracteriza este debate no reflejan inmadurez ni inconsistencia en la Pedagogía o en las Ciencias de la Educación en su conjunto. Más bien, dice mucho a favor de su potencial actividad y creatividad científica, de la aceptación acrítica de cualquier marco teórico e interpretativo, de la renovación que hemos de estar dispuestos a afrontar para -como decía Morin- evitar el riesgo de quedar encerrados en soluciones parciales. Por supuesto, siempre que admitamos que la ciencia también tiene supuestos y presupuestos que no pueden ser violentados, ya sea en el ámbito del conocimiento físico-natural o del social-humanístico.

Ahora bien, más allá de esta invitación a un "diálogo paradigmático" de amplios horizontes, que debe inscribirse en el mundo de los valores y no sólo en el estrictamente científico, estoy convencido de que hemos de ser "pedagógica y socialmente críticos". Por ello, me declaro próximo y, si cabe, comprometido, con aquellos enfoques que observan la *Pedagogía-Educación Social* desde posturas dialécticas, socio-críticas y liberadoras.

Tengo la firme convicción de que estas posturas son las que mejor entienden a las personas y a la sociedad en sus problemas. Y, consecuentemente, pienso que son las que pueden ser más congruentes con una *Educación Social* que se declare alternativa y transformadora; imbuida del sentido más íntegro de lo que significa el respeto pleno a los dere-

chos humanos; ética y políticamente comprometida con la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Por lo demás, es una postura que huye de la arrogancia o de la "derrota del contrario" tanto como de la banalidad y del eclecticismo... al insistir en preservar los valores epistémicos del conocimiento científico: el rigor, la coherencia, la utilidad, la creatividad, etc. Con todo, entiendo y hasta agradezco que haya quienes lo ven de otro modo, siempre y cuando no traten de imponer sus credos: o, peor aún, que se aprovechen de posiciones académicas, institucionales, políticas, mediáticas, etc. para propagar su peculiar formato de "pensamiento único". Pienso que ni científica ni éticamente esto puede o debe ser defendible, por mucho que les salvaguarde la libertad de cátedra, el libre pensamiento o el libre mercado... máxime si se hace desde posiciones de fuerza institucional o simbólica.

Juan Sáez: En ocasiones este "pensamiento único" se traduce en una mirada obsesiva hacia determinados temas o problemas, de modo que la cuestión ya no es tanto cómo se observa la realidad y cómo se propone actuar en ella, ni tan siquiera si se hace desde una u otra opción paradigmática. Digamos que el problema son los problemas que abordamos, reduciendo la complejidad de lo educativo y de lo social a unas pocas inquietudes... Frente a esto, da la impresión de que te has sentido impulsado a abrir el campo de la Educación Social, empezando por ti mismo: a la Animación Sociocultural, a la Pedagogía del Ocio, a la forma-

ción y profesionalización de los educadores sociales, a la Educación Ambiental, al Desarrollo Comunitario, a la revisión metodológica de la acción-intervención social, a la educación en la Galicia rural, etc. ¿Qué hay detrás de esta apertura y de su concreción en diferentes proyectos de investigación, publicaciones, programas formativos, etc.?

José Antonio Caride: Yo diría que, en muchos casos, una mezcla de aburrimiento y atrevimiento. El primero puede que esté asociado al inconformismo que surge cuando se comienza a sentir el cansancio de ciertas lecturas, la reiteración de los argumentos, una cierta saturación del campo... Entonces, en extremo, quedan dos opciones: salir al exterior buscando cosas nuevas o instalarse procurando la máxima especialización; a mí, personalmente, me atrae mucho más la búsqueda otras rutas, aunque con ella incurramos en una especie de peregrinaje pedagógico. En esta búsqueda reside el atrevimiento al que aludo, que no atribuyo -en exclusiva- a una opción personal. Por el contrario, pienso que se inscribe en una dinámica más colectiva, de la que he tenido la suerte de sentirme participe. De un lado, en Galicia, demandando que estuviésemos atentos (y hablo en plural de un importante contingente de profesores e investigadores entre los que puedo mencionar a Pablo Meira, Lucía Iglesias, Belén Caballo, Francisco Xoxé Candia, Carmén Morán, Hector Pose, María Dolores Candedo, Germán Vargas, Rita Gradille, Araceli Serantes, etc.) a situaciones que nos interpelan muy directamente en las relaciones que establece la educación con la vida coti-

diana; de otro, en España, reclamando que la renovación de la *Pedagogía Social* no se redujese a una revisión formal de su pasado o a una simple "actualización" de sus contenidos, sino a una verdadera reconceptualización de sus discursos y prácticas. Y esto no podía hacerse sin las rupturas que emergen de la interdisciplinariedad, el pensamiento complejo, el trabajo en equipo, el debate colectivo en los Seminarios y Congresos, etc.

Creo que en estos momentos debería ser la actitud más cultivada por la *Pedagogía Social*. En primer lugar, porque estamos obligados a tener una mirada dispersa, plural y de amplio espectro, ya que son muchas las realidades que nos desafían; en segundo lugar, porque tenemos la responsabilidad de contribuir a que la *Pedagogía Social* no eluda dar respuestas (en la investigación, la docencia, el quehacer profesional, etc.) a la tupida red de incertidumbres en la que estamos atrapados. De ahí que, aunque podamos ser cuestionados por la supuesta falta de profundidad a la hora de abordar determinadas temáticas, resulte ineludible proyectar nuestro quehacer intelectual y profesional allí donde estimen o estimemos que la *Pedagogía Social* y la *Educación Social* han de estar presentes. Con otros saberes y con otras Pedagogías, pero presente.

Juan Sáez: *Esto engarza con la importancia, en la que hemos insistido tantas veces, de construir la identidad de la Pedagogía Social y de la Educación Social tomando como referencia la formación, la investigación y la profesionalización. Son tres coord-*

nadas clave: ¿cuáles deben ser sus prioridades a tu juicio?; ¿podemos y debemos establecerlas aún corriendo el peligro de incurrir en el reduccionismo que señalas?

José Antonio Caride: Que tengamos apertura de miras, incluso que nos sintamos provocados para realizar un cambio en la mirada (centrando mucho más la atención en la sociedad, sin que ello suponga hacerlo menos hacia la Pedagogía y, por supuesto, en las personas), incorporando la *Pedagogía Social* y la *Educación Social* a las lecturas más complejas que hoy se hacen del mundo y de su transformación... no significa perder de vista lo que resulta más sustantivo y, si cabe, urgente.

Para ello, no podremos obviar que, en la *Pedagogía Social*, la construcción de sus señas de identidad debe procurar equilibrar los significados que están implícitos en la expresión: como un *saber que se crea*, lo que conlleva considerar su naturaleza científica en el marco de la Pedagogía, las Ciencias de la Educación y las Ciencias Sociales; como un *saber que se transmite*, dando cuerpo a disciplinas académicas e incluso a titulaciones universitarias; y como un *saber que se aplica*, habilitando una determinada práctica profesional en el contexto de las profesiones sociales.

La coherencia en el equilibrio de este conjunto de saberes sólo puede lograrse si proyectamos la *Pedagogía Social* en unos determinados ámbitos o áreas de acción e intervención socioeducativa. Conocemos el resultado de diversos intentos para delimitarlos, con mayor o menor acierto. No es el caso nombrarlos en este momento porque son

conocidos. Ahora bien, creo que es esencial enfatizar que son ámbitos que tienen polos de atracción y rechazo, con desigual prioridad y relevancia. En un extremo está la vida cotidiana y el desarrollo integral de las personas como ciudadanos, al que deben contribuir prácticas educativas que se extiendan a lo largo de todo el ciclo vital; en el otro, los problemas que perturban esa vida y el pleno desarrollo de los individuos y los pueblos, sujetos al riesgo de la exclusión social, la inadaptación, la marginación, la violencia, la intolerancia, la injusticia, etc.

Por eso, si se trata de hablar de prioridades y de traducir su identificación en líneas de acción docente, investigadora y profesional, no dudo en enfatizar el carácter prioritario que ha de tener la acción educativa y social que afronta las desigualdades sociales y los problemas del desarrollo (especialmente los referidos a las situaciones de pobreza); la degradación ambiental (en la que se resumen muchas de las crisis de nuestro tiempo); la inserción o integración social (en relación al trabajo, las pautas culturales, los derechos cívicos); o la convivencia inclusiva, libre y democrática. Entre otros campos, por supuesto, pero entendiendo que estos son ámbitos a los que no podemos sentirnos ajenos, porque abarcan todas las etapas de la vida y están presentes en todos los espacios sociales, desde las comunidades locales (pueblos, barrios, ciudades, etc.) hasta la sociedad red que conforma el orden mundial que hoy conocemos.

Si lo hacemos así no creo que incurramos en ningún tipo de reduccionismo. Muy al contrario, pienso que estaremos

estableciendo una relación imprescindible entre la contextualización "local" del quehacer pedagógico-social y la caracterización "global" de los problemas y de las alternativas que conlleva una lectura social de la Pedagogía.

Juan Sáez: De esta dimensión global has tenido en los últimos años una percepción directa, a través de tu participación en distintas iniciativas internacionales, en Europa y Latinoamérica, ¿cómo valoras esta apertura a sus realidades universitarias, profesionales, culturales, sociales...? ¿Cómo interpretas la tarea de la Pedagogía Social en ellas?

José Antonio Caride: Posiblemente, ya a partir de los primeros años noventa, tener la oportunidad de conocer y vivenciar otras realidades, no sólo en la geografía o en la cultura sino también en los modos de percibir y orientar las experiencias personales o colectivas, en la educación o en la acción social... sea una de las mayores satisfacciones que me ha proporcionado el trabajo docente e investigador en otros países: en Suiza, Portugal, Argentina, Chile, Brasil, etc. Me quedo, especialmente, con los significados que me han aportado las relaciones humanas y el trabajo académico ligado a la dirección de Tesis Doctorales, la impartición de cursos, la asistencia a Congresos, etc. en América Latina.

En muchas de sus Universidades se nota un latido pedagógico-social que se proyecta en el desempeño docente, la inserción en la comunidad, la extensión universitaria, la participación en las políticas municipales y regionales, etc. que constituye una fuente permanente de

contrastes y aprendizajes. Para mí, al igual que para muchos otros profesores universitarios que estamos participando de esta "movilidad" e intercambio, son vivencias imborrables.

Por lo que se refiere a la *Pedagogía Social*, a su incipiente presencia en la vida universitaria y en la acción profesional de América Latina, creo que nos corresponde valorizar la existencia de una visión intuitiva y de un saber hacer colectivo que tiene una profunda raigambre socio-educativa, aunque no se haya hecho un uso explícito del término *Pedagogía Social*. De hecho, asistimos a un proceso de "implantación" reciente de la *Pedagogía-Educación Social*, aunque existan antecedentes que localizan la expresión en Argentina, Uruguay o Brasil hace décadas. No obstante, es en los últimos años cuando se están formulando las mayores tentativas de racionalización e institucionalización académica, de "legitimación" científica y de articulación profesional... En este sentido, es destacable el protagonismo que se le está otorgando a la *Pedagogía Social* española, cuyos autores y modos de trabajar gozan de un gran reconocimiento. Creo que esto nos obliga a corresponderles aportando lo mejor de nuestra experiencia y de nosotros mismos, con el talante colaborativo y dialogal que debe inspirar toda cooperación interuniversitaria. Tengo la impresión de que en eso estamos y de que muy pronto veremos lo positivo de sus resultados.

Juan Sáez: De vuelta a casa, ya para concluir: ¿cómo crees que debemos valorar el futuro de la Pedagogía Social, sus modos de ubicarse en la vida universitaria, de relacionarse

con el mundo profesional, de dar respuesta a una sociedad en cambio?

José Antonio Caride: Es difícil imaginar cualquier futuro, entre ellos el que le corresponderá afrontar o desarrollar a la *Pedagogía Social*. Es probable que nadie, con un mínimo de sensatez, se atreva a establecer predicciones sobre lo que nos aguarda en el medio y largo plazo, en una sociedad que está cada vez más abierta a la complejidad, a lo impredecible, a la duda. De todos modos, y para empezar, no estaría mal que mucho, por no decir todo, de lo que se ha destacado en términos de retos, desafíos, etc. de la educación para el siglo XXI o para el tercer milenio... se cumpliera. Sin que se aludiese de forma explícita a la *Pedagogía Social* o a la *Educación Social*, gran parte de esos retos aspiraban a mejorar significativamente el papel de la educación en la sociedad, reivindicando el sentido pedagógico y educador de esta última.

Más allá de este deseo, podemos imaginar la posibilidad de que se resuelvan algunas de las incongruencias que todavía no han encontrado las mejores respuestas para el desarrollo de la *Pedagogía Social* y de la *Educación Social* en nuestro país, como son: la creación de un Área de Conocimiento autónoma, superando resistencias que no sólo contravienen el peso específico de la *Pedagogía Social* en nuestras Universidades, sino también las dinámicas que han permitido la creación de otras áreas homólogas; definir con mayor vocación interdisciplinaria líneas y proyectos de investigación que estén atentos a los problemas y necesidades socio-educativas que tiene nuestra sociedad (la inmigración, el uso

del tiempo libre, las desigualdades sociales, etc.), especialmente en la perspectiva de la investigación-acción; revisar con afán crítico la formación y profesionalización de los pedagogos y de los educadores sociales, tanto en sus perfiles teóricos como prácticos; generar relaciones estables y sustentables de la *Pedagogía Social* con otros campos afines o convergentes en la Acción-Intervención Social: con el Trabajo Social, con la Psicología Social, la Sociología, la Antropología Social y Cultural, la Ciencia Política, el Derecho, etc.; expandir el conocimiento y las "aplicaciones" de la *Pedagogía Social* en realidades que incidan directamente en la mejora de la vida cotidiana, del bienestar colectivo y de la condición ciudadana; se entiende que de todos los ciudadanos y ciudadanas.

En fin, metas o logros para un futuro incierto... del que podremos sentirnos satisfechos si, como en tantas cosas y pase lo que pase, prevalece la esperanza en la Educación como una práctica social liberadora. No es fácil en los tiempos que corren, pero si sucede, recordando a Neruda podremos decir que la "poesía [aquí, la *Pedagogía Social*] no habrá cantado en vano".